

La sombra de Gloster

de Matias Alarcón

Dirección Nacional de Derecho de Autor

EX-2024-67806445-APN-DNDA#MJ

alarconmatias@gmail.com

+ 54 9 11 5963 7908

Dramatis Personae

Guillermo: Apuntador, usa bastón, tiene un brazo más corto.

Irene: Actriz.

Claudio: Actor de relevo.

Bruno: Guardia del teatro.

Ana: Productora de la obra.

Horacio: Tramoyista.

Raúl: Director.

Prólogo

Guillermo camina con su bastón en un cuarto improvisado debajo del escenario del teatro "Cápac". El espacio está desordenado: ropa tirada, restos de comida, un camastro con las sábanas desarregladas, un arcón viejo, un sillón estilo colonial con la madera podrida y poca luz. Repasa la letra del monólogo de apertura de Ricardo III de Shakespeare. Lleva puesto el vestuario del personaje, incluyendo una joroba en su espalda.

Guillermo

Trocó el invierno ya de nuestras cuitas,
El sol de York en esplendente estío;
Y las nubes, terror de nuestra casa,
El hondo señor de la mar sepulta.

De afuera se oyen gritos de Irene. Guillermo se acerca y escucha tras la puerta.

Irene (Off) —No podemos hacer la función, es mera formalidad lo del actor de relevo, Esteban es la figura principal de esta compañía y es irremplazable.

Guillermo recita como si fuera Ricardo III, se encorva y habla con voz gruñida.

Guillermo

Esteban,
La figura principal de nuestra compañía
El actor protagonista de Ricardo Tercero,
Cuyo estreno está al caer,
Cae abatido por el mal, su cuerpo en duelo,
Y su consorte fiel, Irene, reina Isabel en escena,
Cual voz resuena estridente por los pasillos
Clama por suspender la función, más la ley del teatro

Dicta que Claudio, el actor de relevo, debe alzar la corona,

Más su embriaguez perpetua precede su habilidad

Pero yo, el apuntador fiel de Esteban por años,

Conozco los parlamentos mejor que mi propia sombra,

Pues su memoria, errante, a menudo le traiciona.

¿Y quién mejor que yo, que nací rengo y con brazo corto,

Para encarnar al duque de Gloster?

Aquí, en el majestuoso teatro "Cápac"

Del corregimiento más grande del Reino de los Andes,

Monarquía Inca de las tierras del sur,

Como así lo soñó el general del Ejército del Norte.

La ironía y el destino se entrelazan en este juego cruel,

Donde mi propia deformidad se convierte en mi ventaja,

Un reflejo perfecto del tirano que he de figurar.

Durante años he permanecido relegado bajo el escenario,

Donde a través de esa hendidura susurro palabras al viejo.

Pero ha llegado la hora de avanzar

Y que la mejor compañía de este valle

Alcance finalmente su momento de gloria.

Es justo, que yo, conocedor del arte y del verbo,

Asuma el manto del rol principal en esta noche augusta.

Así se rendirá justicia a Ricardo Tercero,

Y el espectáculo no sufrirá por la ausencia de su figura.

Para asegurar este destino, he urdido complots,
Haciendo creer a todos que el dinero del fondo común
Ha sido robado por manos misteriosas.
Ahora entra Claudio,
Hacia el vestuario de este sagrado recinto,
Ajeno a los hilos que tejo en penumbra,
Mientras la noche se prepara para revelar su trama.
Iré a añadir mis falsas preocupaciones.

Guillermo sale.

Escena I

Claudio y Bruno en el vestuario del teatro. Hay un sillón estilo colonial impecable y espejos. Claudio toma alcohol de su odre de cuero de forma constante.

Bruno —Por favor, Claudio, debe venir conmigo.

Claudio —¡No! ¿Quién te nombró mandatario de este corregimiento?

Bruno —Solo cumplo las órdenes del propietario del teatro quien paga.

Claudio —Es una acusación falsa ¡No tienen pruebas!

Bruno —Eso declare a las autoridades. Por favor, acompáñame.

Guillermo entra indignado. Habla normal y erguido.

Guillermo —¿Qué está sucediendo?

Claudio —Guillermo, me acusan de robar el dinero del fondo teatral.

Guillermo —*a Bruno* —¿Quién se atrevería?

Bruno —No sabría decirle, señor.

Guillermo —¿Y a dónde lo llevan?

Bruno —Al sótano, hasta que lleguen los mandos.

Claudio —¿Quién pudo esparcir estas calumnias sobre mi persona?

Guillermo —Irene, sin dudas. Está chillando por los pasillos histérica queriendo suspender.

Claudio —¿Suspender? ¿Por qué?

Guillermo —No quiere representar si su consorte está enfermo.

Claudio —Ese es mi papel en esta compañía, sucederlo en estos asuntos.

Guillermo —Su ego le carcome el sentido común.

Claudio —Tengo la conciencia tranquila. Yo no he robado nada. Arreglo todo este desorden y salgo a escena.

Guillermo —No te preocupes, yo abogaré por ti.

Claudio —*a Bruno* —Vamos mero lacayo, llévame a donde te ordenaron.

Bruno —Va a tener que dejar el odre y el cinturón con el cuchillo.

Claudio se saca el cinturón. Toma un sorbo largo del odre y deja todo.

Bruno —Y lo voy a tener que encadenar.

Claudio estira sus manos resignado.

Claudio —*a Guillermo* —¿Has visto alguna vez mayor humillación?

Bruno ata sus manos con cadenas.

Guillermo —Hablaré con Ana, la productora, para que la obra se haga en término y forma.

Claudio —Gracias Guillermo... y ya deja de vestirse así, nadie te ve.

Guillermo —Me gusta interpretar mientras le dicto la letra al viejo.

Bruno y Claudio salen. Guillermo se encorva y habla con voz gruñida.

Guillermo

Sigue el camino que nunca volverás a recorrer

Simple incrédulo, Claudio

Con angustia he de enfrentar a Ana,

La productora, en ira ardiente envuelta,
Pues mi mano su anterior compañía a la ruina llevó,
Envenenando las aguas del pozo que todos bebieron.
Tres funciones suspendidas, su gloria asesinada,
Mi ambición desmedida su sueño derribó.
¡Oh, cruel destino que mis pasos guía!
Todo para alzar la mejor de las obras de Shakespeare,
La que recito de memoria sin titubear.
Me aborrece, sí, con justa razón,
Mas he de transformar su odio en amor.
Con astucia y dulzura, su corazón ganando,
Haré que adore la obra y, al final, a mí.

Entra Ana furiosa.

Ana —¡Maldito Guillermo! ¡¿Otra vez tus brebajes?!

Guillermo se yergue y habla normal.

Guillermo —¿De qué hablas, Ana?

Ana —¿De nuevo un actor enfermo? ¿Otra vez envenenaste el pozo?

Guillermo —Veo que las acusaciones son la trama del día. No tienes pruebas.

Ana —Ya arruinaste mi compañía. ¿Por qué arruinarías la tuya?

Guillermo —Yo no tengo la culpa de que el viejo se haya enfermado.

Ana —No te creo.

Guillermo —¿Acaso no carece de sentido hacerlo?

Ana —*decidida* —Cancelamos la función.

Guillermo avanza hacia ella, se encorva y habla con voz gruñida.

Guillermo —¡No te atrevas víbora! No eres nadie para cancelar ¡¿Has comprendido?!
¡Nadie!

Ana se asusta por su actitud repentina. Silencio incómodo.

Guillermo se yergue y habla normal.

Guillermo —Perdona pequeña Ana... pero eres recién llegada a esta familia, hay una jerarquía que no se puede pasar por alto.

Ana —*con un poco de miedo* —No hay nada que hacer, Guillermo, tenemos a la figura principal enferma y a su relevo preso.

Guillermo —Claudio todavía está en el recinto.

Ana —Pero impedido esperando a las autoridades.

Guillermo —Sabes muy bien que esa acusación es falsa. ¿Claudio robando?

Ana —¿Y quién fue? Tuvo que ser alguien de acá.

Guillermo —Hay muchos mayordomos de servicio.

Ana —No tengo fuerzas, Guillermo... solo fracasos cargo en mis hombros.

Guillermo —Ana, mi dulce Ana, esta obra exaltará tu nombre de manera excepcional. Tu compañía anterior estaba conformada por actores inexpertos y elecciones de obras paupérrimas, pero en esta ocasión puedes fulgurar con tu labor de producción. Estás en la compañía más buscada del corregimiento. En el teatro “Cápac”, uno de los primeros en alzarse en el Reino de los Andes, con paredes forradas de terciopelo rojo e iluminadas por candelabros con ornamentación fastuosa, y representando nada más ni nada menos que a Ricardo Tercero. Los reseñadores están ansiosos y los billetes se han agotado. ¿Has soñado mejor horizonte para un estreno? Por favor, no dejes que nada ni nadie empañe tu presente, que también es el nuestro.

Ana —Ya mi nombre está en la ruina, nadie sobrevive a dos fracasos seguidos.

Guillermo se acerca lentamente seduciéndola.

Guillermo —Si de algo te sirve, acúsame ante los cronistas de haber envenenado las aguas anteriores. Será un engaño descarado, pero recibiré la puñalada por ti.

Ana —No puedo hacer eso. ¿Qué me estás pidiendo?

Guillermo la toma por los hombros.

Guillermo —Ordénamelo y lo haré yo mismo. Pero te ruego que, si lo haces, lo sientas en tu corazón, no lo hagas por rencor.

Ana —¿Qué voy a hacer Guillermo?

Guillermo la abraza.

Guillermo —Tranquila Lady Ana.

Ana —¿Lady?

Guillermo —Llevas el mismo nombre de la princesa de Ricardo. Saldrás de esto, dulce Ana. La obra debe continuar. El viejo está en su vestuario enfermo, pero aún no ha decidido si puede salir a escena. Y Claudio se libraré de las acusaciones en cualquier momento.

Ana solloza en los brazos de Guillermo. Este le roba un beso. Ana se sorprende.

Guillermo —Perdón mi Lady.

Silencio incómodo.

Ana —Voy a ver cómo está Esteban.

Ana sale. Guillermo se encorva y habla con voz gruñida parafraseando a Ricardo

Tercero.

Guillermo

¿Se ha hecho nunca de este modo el

Amor a una mujer? ¿Se ha ganado nunca de

Este modo el amor de una mujer? ¡Lo obtendré,

Pero no he de guardarla mucho tiempo!

Claudio aún respira, el viejo todavía está en su vestuario.

Cuando se hayan ido

Entonces contaré mis beneficios.

Guillermo sale.

Escena II

Irene está con Horacio en el vestuario.

Irene —¿Qué será de mí, si muere?

Horacio —Esteban es fuerte, se va a reponer. Es solo una ligera tos.

Irene —En su condición cualquier malestar puede significar la muerte.

Horacio —Tenga un poco de fe.

Irene —Ya no me queda, Horacio.

Horacio —Prenderé una vela en su nombre.

Irene —Quieren hacer la función sin él. ¿Te enteraste?

Horacio —La infusión lo aliviará y saldrá al escenario.

Irene —Ya he visto cómo estas dolencias lo dejan inválido por semanas.

Horacio —Entonces me opondré a hacer mi trabajo, sin tramoyista, tampoco hay obra.

Irene —No seas incrédulo, te echarán, y no me lo perdonaría.

Horacio —Los asistentes del director pueden suspenderla, hablaré con ellos.

Irene —No sé si tendrán suficiente poder para hacerlo, Guillermo es el Actor Portavoz de esta compañía, ¿Cómo puede ser que un apuntador sea el Portavoz? ¿Dónde se ha visto? Ese horrible hombre que me detesta y aborrece.

Entra Guillermo con Bruno.

Guillermo —¿Quién me ha calumniado? ¿Quién le dijo al viejo que yo hablo detrás de él y lo odio? ¿Porque no lo adulo? ¿Debe tomármese como enemigo?

Irene —Guillermo, conocemos bien tus modos, los pasillos hablan, tu envidia se nota a la legua.

Guillermo —Claudio está en el sótano, acusado por tu lengua venenosa.

Irene —¡Juro por dios que nunca dije nada en contra! Y estoy harta de tus insultos, le diré a Esteban de tus acusaciones contra mi persona.

Guillermo —¿Me amenazas con decirle? Dile y no te quedes corta, recuerda quién eres,

la esposa de Esteban, por eso estás en esta obra, por eso eres miembro de esta compañía, y recuerda quien soy, el que dicta la palabra al oído de tu hombre. Sin mí, no es nada.

Irene sale con Horacio.

Bruno —Guillermo, tenemos que liberar a Claudio. No hay ninguna prueba de que haya robado nada.

Guillermo —No, tiene que quedarse ahí, retenlo de alguna manera.

Bruno —¿Cómo?

Guillermo —Inventa algo.

Bruno —No hay nada que pueda hacer.

Guillermo se encorva y habla con voz gruñida.

Guillermo —¡Entonces mátalos! ¡No puede salir de ese sótano!

Bruno —¿Qué?

Silencio incómodo.

Guillermo se yergue. Habla normal y paternal.

Guillermo —Bruno, mi querido Bruno, sé que tienes dos hijos pequeños. Sé que no te alcanza con lo que ganas en tu labor. Te ofrezco una solución para tu contexto. Solo necesitas asegurarte de que tome arsénico.

Bruno —¿Qué me estás pidiendo?

Guillermo agarra el odre de Claudio.

Guillermo —Aquí está su bebida. Ya está alterada. Entrégasela y la tomará entera. Es un bebedor excesivo.

Guillermo saca de su ropa una bolsa de monedas.

Guillermo —Y esta será tu recompensa.

Bruno —No... no puedo.

Guillermo deja su tono paternal. Se enfurece.

Guillermo —¿No puedes? ¡¿No puedes?! Para matar a aquel campesino con la misma

hoz que cortaba su cosecha no esgrimiste la falsa conciencia que alardeas. Sí, conozco de sobremanera tus pecados, tu pasado en la cárcel y sobre todo tu ambición. Así que no me digas que no puedes.

Bruno —Ese hombre del que hablas murió detrás de esas rejas.

Silencio.

Guillermo —Los viejos hábitos nunca mueren, transmutan según las circunstancias. Mi fiel Bruno, no quedan más billetes, las butacas están todas ocupadas, los reseñadores estarán en primera fila. ¿Sabías que nuestra compañía va a comprar este teatro? Prometo hablar en tu favor. Alguien debe encargarse del mismo mientras ensayamos. Hazlo por tus hijos, Bruno.

Bruno duda, reflexiona.

Bruno —Prométeme el puesto de administrador.

Guillermo —Hecho está. Y hazme un favor. Dile al taquillero que abra las puertas. Que ingrese la gente.

Bruno asiente, agarra el odre y la bolsa de monedas. Sale.

Escena III

Claudio duerme tirado en el piso del sótano atado con cadenas. Entra Bruno con el odre, el cinturón y el cuchillo en sus manos. Claudio se despierta.

Claudio —Bruno... ¿Qué hora es? Tuve un sueño muy extraño. Salía a escena, el teatro colmado como nunca lo había visto. Comenzaba el monólogo inicial de Ricardo, y me olvidaba la letra. Era desesperante. Miré hacia un lado y vi a Guillermo dictándome el texto, pero no podía oír. Lo miraba con mis ojos desorbitados tratando de explicarle que no lo escuchaba, y él solo reía. En un momento, la letra vino a mi mente, pero me di cuenta de que no tenía voz. Ningún sonido salía de mi boca. La gente empezó a reírse. De repente, sentí una puñalada por detrás. Era Guillermo quien me susurró al oído: "Yo soy Ricardo Tercero". Caí al suelo moribundo mientras él actuaba con elegancia sus parlamentos. Después vi una gaceta a mi lado, en su portada, la reseña del espectáculo, con elogios y aplausos, pero todos eran para él. Extraño, ¿verdad?

Bruno apoya el cinturón, el cuchillo y el odre en el piso.

Bruno —Aquí están sus pertenencias.

Claudio —Ya era hora, no tienen nada contra mí.

Bruno le saca las cadenas.

Bruno —Así es, señor Claudio. Disculpe las molestias, solo hacia mi trabajo.

Claudio se pone el cinturón, se calza el cuchillo, agarra el odre y toma un sorbo largo.

Claudio —Dime la verdad ¿Quién me acusó? ¿Irene?

Bruno no responde.

Claudio —¿A quién proteges? ¿A esa maldita oportunista sin talento?

Bruno no responde.

Claudio —Maldito sirviente, te hundirás con los conspiradores.

Claudio se dirige hacia la salida empujando a Bruno con su hombro. Siente un retorcijón en el estómago que lo obliga a detenerse.

Bruno —Está confundido, señor, Irene no manda... y yo no me hundiré.

Claudio —*con dificultad para hablar* —¿Ah no? ¿Y cómo estás tan seguro?

Bruno —Porque Guillermo es quien manda —*Bruno lo toma del cuello y le grita con furia* —¡Y no soy sirviente de nadie!

Bruno lo tira al piso. Claudio queda atónito, se queda pensando en el aire.

Claudio —¿Guillermo? Maldito loco, quiere hacerla él, todo esto para actuarla él como en mi sueño. ¡Tengo que salir de acá!

Claudio intenta pararse, pero siente un retorcijón fuerte en el estómago. Mira el odre.

Claudio —¿Qué me diste?

Bruno —Usted no se irá a ningún lado.

Claudio —¿Me envenenaste?

Bruno no responde. Claudio ríe resignado.

Bruno —¿De qué se ríe?

Claudio —*mirando el odre*—Sabia que el alcohol me mataría de alguna forma u otra —*toma un sorbo largo. Le arde al tomar. Entre dientes sigue riendo* —De ti me rio, maldito criado. ¿Qué te prometió? No tienes ni idea de con quién estás confabulando, ese maldito inválido estuvo encerrado en el asilo de alienados que se encuentra en la cima de la montaña. Cinco años dentro de una camisa de fuerza, vomitando sangre por las purgas de hierbas y sangrías, sometido a miles de exorcismos para enderezar su mente enferma. ¿Y tú piensas que va a cumplir su palabra?

*Bruno lo mira sorprendido. Claudio tose fuerte hasta casi ahogarse. Lo mira a Bruno.
Ríe sin fuerzas.*

Claudio —Si vieras tu cara también reirías. Lamento no poder ver el final. Irónicamente trágico como la obra que se representa en este templo.

Claudio comienza a toser sangre y muere.

Bruno mira con arrepentimiento.

Escena IV

Guillermo encorvado en el vestuario leyendo una carta, habla con voz gruñida.

Guillermo

Mas he aquí, una carta del noble Esteban,

Pidiendo disculpas por su salud frágil.

Dice que escribió una nota para la crónica,

En caso de que optemos por cancelar la función.

Nos ruega evitar discordias entre nosotros,

Consciente del futuro incierto que se cierne,

Nos pide mantener la calma y la esperanza.

Somos una compañía unida en propósito,

Y el voto mayoritario debe ser nuestra guía.

Pero él siempre aboga por una verdad:

“El espectáculo debe continuar, a pesar de todo”

Se escucha un grito de Bruno de afuera.

Bruno (Off) —¡Guillermo!

Guillermo

La sombra de la muerte se ha revelado.

El desenlace se avecina, inevitable y oscuro,

Las piezas del destino se alinean, implacables.

Entra Bruno exaltado.

Bruno —Ya está hecho. Ahora habla con quien tengas que hablar.

Guillermo se yergue y habla normal.

Guillermo —Serénate, Bruno. Hay una función que hacer.

Bruno —Habla ahora o llamo a las autoridades y cuento todo.

Guillermo —¿Qué es todo, querido Bruno? ¿Qué has matado a un hombre? Todos te vieron bajar al sótano con Claudio encadenado. Te ruego que cumplas con tus obligaciones que es obedecer a la compañía, eres solo un trabajador de este teatro, te conviene mantener silencio. Diremos que el relevo de Esteban está indispuesto, y al terminar el día entregaremos el cuerpo a quien lo reclame.

Bruno —Claudio tenía razón, estás completamente loco.

Guillermo se abalanza contra Bruno, se encorva y habla con voz gruñida.

Guillermo —¡Sin embargo, te tengo en mis manos! Ten cuidado, Bruno ¡No todos los demonios me han sido purgados!

Entra Ana. Guillermo se yergue y actúa normal.

Ana —Alguien dio la orden de abrir las puertas, se está llenando el teatro.

Guillermo —Tendrías que estar contenta por las butacas llenas mi Lady. ¿Quién realiza el entremés el día de hoy?

Ana —Un grupo de jóvenes con una tragedia griega.

Guillermo —Nos dejaron un público ardiente, entonces.

Ana —Pero todavía no sabemos qué pasa con Claudio —*a Bruno* —¿Ya vinieron las autoridades? ¿Se lo llevaron?

Bruno mira a Guillermo, este lo mira amenazante.

Bruno —Está todavía aquí señora, pero algo descompuesto.

Ana —¿Él también?

Se escucha un grito de lamento. Todos miran hacia afuera. Entra Irene llorando.

Ana —Irene ¿Qué pasó?

Irene —Murió... Esteban, mi fiel esposo ha muerto.

Guillermo —Siéntese.

Irene se sienta en el sillón. Todos se acercan a consolarla.

Ana —Mi más sentido pésame.

Irene —Esto es un desastre, la gente ya está ingresando.

Guillermo —Están ansiosos por ver la mejor obra de Shakespeare, Ricardo Tercero, interpretada por Esteban. Quieren ver a su rey.

Irene —Ya no. Ana, por favor, sal a dar la noticia.

Guillermo —No lo haga, Irene.

Ana —Guillermo, no es momento.

Guillermo —¿Leyó la carta de Esteban?

Ana —Guillermo...

Guillermo —¿La leyó, Irene? ¿Cuáles fueron sus últimas palabras?

Irene —*recordando* —“El espectáculo debe continuar, a pesar de todo...”

Ana —No se puede. ¡Murió una persona por el amor de dios!

Bruno —Voy a frenar todo.

Guillermo —¡Quédate donde estás! Eres un simple servidor de este, nuestro templo, así que atiende lo que te ordenan y no opines. ¿Qué sabes de arte? ¿Qué sabes de este mundo? ¿Qué sabes tú de los mitos que rondan al teatro?

Irene lo mira con atención.

Ana —Cálmate Guillermo, tenemos que suspender, no se puede hacer en estas condiciones.

Guillermo —Las condiciones nunca son un obstáculo para representar. Deberías saberlo.

Irene —*decidida* —Haremos la función.

Ana —¿Qué?

Irene —Haremos la función querida Ana. Es lo que hubiera querido Esteban. El estará en el escenario, y su espíritu quedará para siempre entre estas paredes. Tenemos que hacerla, se lo debemos.

Ana —Pero...no es ético, Irene.

Guillermo —Nadie se tiene que enterar hasta finalizada la función, son dos horas nada más—*a Irene* — y Esteban, su fiel consorte, su fiel compañero de escena, quedará inmortalizado.

Ana —No es nuestra decisión.

Guillermo —¿De quién más si no?!

Ana —Del director.

Bruno —Raúl viene directo del puerto. Su barco atracó esta mañana.

Irene —Son setenta leguas. La diligencia no llegará a tiempo, el camino real está lleno de fango por la tormenta.

Ana —Entonces de sus asistentes. Voy a buscarlos. Ellos decidirán qué hacer.

Irene —¿Acaso mi decisión no cuenta? Soy la viuda de mi difunto esposo, maldita sea.

Ana —Discúlpeme Irene, yo no sabré tanto de arte como ustedes, pero sé de orden, mandaré a un chasqui al puerto para ubicar el paradero de Raúl, pero mientras tanto, esto lo tienen que decidir ellos.

Ana sale.

Irene —Bruno, si no te molesta, acompáñame al vestuario de Esteban por favor.

Bruno —Si, señora.

Bruno ayuda a Irene a pararse y salen. Guillermo se encorva y habla con voz gruñida.

Guillermo

Ahora que me acerco a mi anhelado fin,

Claudio yace fuera del juego, desterrado.

He ganado a la Reina,

Quien ahora come de la palma de mi mano.

Sólo quedan los asistentes, herederos de una decisión,

Un obstáculo irritante, la única piedra en mi sendero.

Es menester actuar con celeridad y precisión,

Para asegurar que el rol de Ricardo sea únicamente mío.

Guillermo se yergue, se acerca a la puerta y grita.

Guillermo —¡Bruno! ¡Ven un momento!

Bruno entra. Guillermo habla normal.

Guillermo —Necesitamos que los asistentes no puedan dar su voz.

Bruno —¿Qué?

Guillermo —Llévalos al sótano.

Bruno —No.

Guillermo —¿Qué dijiste?

Bruno —No cumplo más tus órdenes. Todo esto es demasiado.

Guillermo se encorva y habla con voz gruñida, saca un cuchillo de su cinturón y se lo pone en el cuello.

Guillermo —¡Vas a hacer lo que yo te diga que hagas! O hablo del arsénico y otra vez terminarás en la cárcel llorando contra paredes húmedas. Solo llévalos con la misma acusación que Claudio, que se robaron el dinero del fondo teatral. Déjalos encerrados y que nadie pueda entrar.

Le saca el cuchillo del cuello y lo lustra. Se yergue, habla normal.

Guillermo —Recuerda mi querido Bruno, que hablaré por tu cargo de administrador en el teatro.

Bruno —*con rabia* —Mejor que así sea.

Guillermo —Así será. Ahora ve a hacer tu maldito trabajo.

Bruno sale.

Guillermo guarda el cuchillo en su cinturón. Camina en círculos.

Escena V

Horacio y Bruno en el vestuario.

Horacio —¿Por qué la gente ya ingresó?

Bruno —Por orden de Guillermo.

Horacio —¿Quién es él para decidir? Tendrías que haber esperado a los asistentes.

Bruno —Soy un simple trabajador, señor.

Horacio —Esta función se va a suspender. ¡¡Esteban está muerto por cristo!! No se sabe dónde está Claudio y la señora Irene está confundida por los ardides de este maldito deforme.

Entra Guillermo que escuchó esto último.

Guillermo —La señora Irene es un artista que sabe de cábalas y leyendas, es por eso por lo que quiere seguir adelante, para el paso a la inmortalidad de su fiel compañero, y ¿quién eres tú para hablar con tanta jerarquía? Eres solo un tramoyista. Somos una compañía de artistas en toda su expresión. Pero sobre todo somos cofrades y nos apuntalamos entre nosotros. No hay motivos para no hacer la función.

Horacio —La señora compró tus palabras malsanas, pero yo no. Claudio, el relevo de Esteban, no aparece y la obra no se puede hacer.

Guillermo —Entonces la haré yo, que los parlamentos me sé.

Horacio —*ríe* —Por favor, eres el apuntador, no sabes de interpretación.

Guillermo —Represento al duque de Gloster desde que tengo uso de razón, algo de lo

que tú careces.

Horacio —Eres un ser execrable, no me extrañaría que hayas sido el culpable de la aflicción de Esteban y la desaparición de Claudio.

Guillermo —Tus palabras tendrán que ser probadas, ahora ve a hacer tus tramoyas.

Horacio —Si los asistentes no la suspenden, lo haré yo, pues faltaré a mis responsabilidades y montaje no tendrán.

Guillermo se encorva y habla con voz gruñida parafraseando a Ricardo Tercero.

Guillermo —¡¿Sí?!... ¡Tú, protector de esa infame puta!, ¿vas a hablarme de sí...? ¡Eres un traidor!

Horacio —*mirando a Bruno* —¿De qué diablos está hablando?

Guillermo —¡Cortadle la cabeza! ¡Pronto, por San Pablo! ¡No comeré hasta haberla visto! ¡Lovel y Ratcliff, ved que se ejecute! ¡Los demás que me estimen, que se levanten y me sigan!

Horacio —¡Enloqueciste maldito deforme!

Horacio intenta irse, pero Guillermo saca el cuchillo de su cinturón y lo apuñala en el estómago. Horacio cae y Guillermo le habla al oído.

Guillermo —Ahora duerme junto a Clarence, Lord Hastings.

Bruno —¡¿Qué hizo?!

Guillermo se yergue, habla normal. Mira a Horacio en el piso.

Guillermo —¡Sácalo de aquí! Escóndelo con el cadáver de Claudio, que juntos encuentren en el más allá la redención.

Bruno duda. Guillermo le saca el cuchillo del estómago de Horacio y lo blande en el aire.

Guillermo —¡Levántalo te dije! ¡Acuérdate que la cárcel te espera si no!

Bruno saca el cuerpo arrastrándolo. Guillermo se encorva y habla gruñido entre dientes.

Guillermo — *para sí* —Debemos tener a los ciudadanos de nuestro lado, si no, la

corona del rey no será legítima.

Bruno —¿Me hablaste?

Guillermo se yergue y habla normal.

Guillermo —Sal a hablar con la gente, diles que Esteban y Claudio están imposibilitados de hacer sus interpretaciones, que yo puedo relevar, lléname de laureles, di que me sé el texto mejor que nadie vivo, pues no estarás mintiendo.

Bruno asiente nervioso y se lleva el cuerpo.

Escena VI

Guillermo, Ana e Irene en el vestuario.

Irene —¿Dónde están todos?

Ana —No lo sé, Irene. ¿Guillermo, sabes algo?

Guillermo —No, mi Lady.

Irene —Pero esto es una locura, tenemos las butacas colmadas y ni Claudio, ni Raúl o sus asistentes aparecen.

Ana —Raúl está viniendo en una barcaza por el Río Grande. Pero no sabe si llegará a tiempo.

Guillermo —¿Tú como sabes eso?

Ana —El chasqui vino con las noticias, la diligencia quedó empantanada en el fango.

Irene —Es una falta de respeto. ¿Cómo no va a presenciar el estreno?

Ana —Suspendamos, esto fue demasiado lejos.

Guillermo —Veamos que dice la gente.

Ana —¿Cómo?

Irene —¿Te atreviste a contarles de la muerte de Esteban?

Guillermo —No, Irene, mande a hacer una consulta.

Ana —¿Qué consulta?

Entra Bruno.

Guillermo —¿Qué dijeron?

Bruno —Que quieren ver la obra.

Irene —¿Qué les contaste?

Bruno —Que Esteban estaba descompuesto, señora.

Ana —Igual no se puede hacer, no sabemos dónde está Claudio.

Guillermo mira a Bruno ordenándole que hable. Retrocede con falsa modestia.

Bruno —Avisé que el rol principal, Ricardo Tercero, lo iba a interpretar Guillermo.

Irene —¿Guillermo? ¿Alguna vez representaste un rol protagónico?

Guillermo —Soy actor antes que apuntador, señora.

Ana —¡Todo esto es una maniobra tuya!

Guillermo —Ana, otra vez con acusaciones. Dejemos de lado las diferencias. Hay una función que hacer.

Ana —No en estas condiciones. No sé qué estábamos pensando. ¿Cómo podemos hacerla con el cuerpo de Esteban sin vida?

Guillermo cambia su semblante. Golpea el piso con su bastón y la apunta con él caminando hacia ella amenazante.

Guillermo —¡Cállate! “Princesa”, que por tus descuidos estamos en este fardo.

Ana —¿De qué hablas?

Guillermo —De tus desilusiones, de eso hablo. De la compañía que destruiste.

Irene —Ella no tiene la culpa de que los actores anteriores se hayan enfermado, Guillermo.

Guillermo —¿Y de quien es la culpa del dinero extraviado?

Irene —¿Qué dinero?

Guillermo —El del fondo teatral, ese que dispusimos con Esteban para poder comprar este teatro.

Guillermo sigue avanzando y Ana retrocediendo.

Ana —Me lo robaron, no lo extravié.

Guillermo —No obstante Irene no sabía —*mira a Irene* —¿O sí?

Irene —No.

Guillermo —¿Y sabías, Irene, que, para hacer esta obra, pidió un préstamo al mecenas del reinado?

Ana —¿Cómo sabes?

Guillermo —¿Y en las estipulaciones embargó nuestro vestuario y utilería?

Ana —¿Cómo sabes?!

Ana queda contra la pared.

Guillermo —Tengo chasquis en cada sombra de este reino que me informan.

Irene —*a Ana* —¿Eso es verdad?

Ana —Si, Irene, pero vamos a recuperarlo.

Guillermo —¿Cómo vas a recuperar si suspendes?

Ana —Podemos estrenar otro día.

Guillermo —Bruno, ¿cuánta gente hay en el salón?

Bruno —Está completo.

Guillermo —¿Con el salón lleno quieres atrasarlo?

Irene —Lamento decirlo, pero tiene razón.

Guillermo —La compañía habló ¡¿Qué dices “Princesa”?!

Ana mira a Guillermo y a Irene.

Silencio.

Ana —*sin mucho convencimiento* —Está bien...está bien... Bruno, avisa que estamos retrasados unos minutos.

Guillermo retrocede y deja de acechar a Ana.

Guillermo —*a Irene* —Esteban estará con nosotros, Irene.

Bruno —*a Ana* —Señora. Hay otro inconveniente.

Ana —¿Qué pasa ahora?

Bruno —Horacio desapareció.

Ana —¿Qué?

Irene —¿Cómo? ¿También él?

Guillermo —No se altere Irene, las tramoyas las puede manejar un mayordomo de servicio, después de la función buscaremos a todos y los aperebiremos si es que haga falta. Concentrémonos en la representación.

Ana —Bruno, comunica la demora.

Bruno sale.

Ana —Irene, ¿estás lista?

Irene —Si, querida. Solo me tengo que maquillar.

Ana —*a Guillermo* —¿Vos?

Guillermo —Nací para interpretar a Ricardo Tercero.

Ana —Bien, voy a hablar con el mayordomo y buscar a Horacio.

Ana sale, Irene sale atrás calentando la voz, queda solo Guillermo. Agarra la corona del rey. Se sienta en el sillón y se pone la corona en su cabeza.

Guillermo —Ahora soy el Rey.

Sonríe siniestro con satisfacción.

Escena VII

Guillermo está en el sillón del vestuario calentando la voz con la corona en su cabeza.

Entra Bruno. Guillermo habla con calma, mezcla la obra con la realidad.

Guillermo —Ahora, Bruno, por tu lealtad y tu ayuda, el rey Ricardo se sienta tan alto. ¿Pero serán estas glorias tan duraderas?

Bruno —Ya avisé del retraso, y se están preparando todos los actores. Ganaste. La

función se hará contigo a la cabeza.

Guillermo —Los asistentes viven. ¿Comprendes lo que quiero decir?

Bruno —¿Qué?

Guillermo —Quiero ser el rey.

Bruno —Ya lo eres.

Guillermo —Los asistentes viven...

Bruno lo mira con miedo. Ricardo lo mira amenazante.

Silencio incómodo.

Guillermo —¿Tengo que ser más explícito? Quiero la muerte de esos bastardos urgente.

Silencio incómodo.

Guillermo —Habla pronto. Se breve.

Bruno —No quiero más muertes en mi conciencia. Ya es suficiente. Ya lograste tu cometido. ¿Para qué necesitas que mueran? Están encerrados. Y estás por salir a escena.

Guillermo saca otra bolsa de monedas de sus ropas. Se la muestra.

Guillermo —Recuerda que tus hijos necesitan un padre con un trabajo fuerte, y con más estabilidad monetaria mi fiel amigo.

Silencio incómodo.

Bruno —No, no puedo.

Bruno sale. Guillermo habla con voz gruñida.

Guillermo

¡Ah, Bruno! Se proclama honesto, cuando la muerte
Ha sido su sombra desde mucho antes de conocerme.
Ha llegado hasta aquí, asesinando a Claudio,
Ocultando el cuerpo frío de Horacio,

Y encarcelando a los fieles asistentes.

¿Y ahora pretende un respiro?

¡Que así sea, pues! Que el juicio llegue,

Y que el destino le muestre su verdadero rostro.

Bruno vuelve. Guillermo comienza a calentar la voz exageradamente.

Bruno —Está bien. Lo haré. Pero necesito una garantía de que vas a hablar por mi puesto.

Guillermo habla normal.

Guillermo —Ahora no, Bruno. Me estoy preparando. La función comienza en minutos.

Bruno —Una garantía. Escribe una carta ahora y lo hago.

Guillermo se para y camina calentando la voz sin responder.

Bruno —Guillermo.

Guillermo —¿Qué horas es?

Bruno —Una garantía, Guillermo.

Guillermo —Si, pero ¿Qué hora es?

Bruno —Las diez y diez.

Guillermo —Ya es hora de salir a escena ¿No te parece?

Bruno —Insisto. Una garantía para que yo me ocupe de los asistentes.

Guillermo se encorva y habla con voz gruñida.

Guillermo —¡No seas inoportuno! ¡¿No ves que hay una función que hacer?!

Guillermo sale. Bruno se queda preocupado.

Escena VIII

Ana ayuda a Irene vestirse en el vestuario.

Irene —¿Por qué no me contaste lo del dinero, Ana?

Ana —Por vergüenza.

Irene —Yo te podría haber ayudado para que ese mecenas no te estafe.

Ana —No me estafó, Irene, es lo que normalmente se hace en estos casos.

Irene —¿Esteban sabía?

Ana —Del préstamo si, de las condiciones no.

Irene —Le hubieras pedido consejos. Él no hubiera aceptado esa cláusula de embargo.

Ana —Soy nueva en la compañía. Pedir ayuda no me parecía conveniente.

Irene —Por eso mismo tendrías que haberlo hecho. Porque eres nueva.

Ana —No me parecía un buen inicio.

Irene —Guillermo fue quien te nombró en la asamblea, nos contó de tus penurias y todos aceptamos sin reparos. Ya eres parte, Ana. No dudes más en pedir ayuda.

Ana —Sé que fue él quien habló, mi compañía tenía contrato para este período, al enfermarse los figurantes, la reemplazaron con Ricardo Tercero, por eso mis acusaciones.

Irene —¿Todavía sigues con la idea de que él envenenó el pozo?

Ana —No tengo pruebas, pero déjame dudar.

Irene termina de vestirse. Se sienta.

Irene —Siéntate, Ana.

Ana se sienta. Irene la toma de las manos.

Irene —Siempre tuve diferencias con Guillermo, me parece un hombre abominable. Su manera de ser delata un resentimiento que le nace desde el fondo de su corazón. ¿Sabías que vive aquí? Debajo del escenario, es un espacio grande que el dueño le dejó usar como alojamiento. Si lo vieras, es un asco, duerme entre la basura. Entró a la compañía poco después de que mi esposo y Raúl la fundaran. Este lo incorporó como figurante, y su amor por Shakespeare lo acercó a Esteban. Pasaban noches enteras hablando de las obras de “El Bardo”. Esteban lo puso bajo su ala, lo adoptó como su protegido, y comenzaron a darle roles con más protagonismo. Hasta que Esteban tuvo un incidente: se cayó parte de la estructura del escenario en su cabeza. No sé por qué Guillermo se afectó más de lo habitual por el suceso, y lo atendió como un hijo atiende a un padre.

Desde ese día la memoria de Esteban comenzó a fallar, y Guillermo se ofreció a ser su apuntador oficial. A cambio de relegarse a ese puesto, Esteban le ofreció ser Actor Portavoz, así delegar en él cuestiones generales de la compañía. A mí ese nombramiento me pareció mal, pero “yo no era nadie para opinar, solo una actriz mediocre que era agraciada con roles protagónicos solo por ser la esposa del actor principal”, espetó con furia en la reunión. Guillermo empezó a llenarle los oídos a Esteban con rumores falsos, manipulándolo de tal manera que me vi incapaz de abrirle los ojos. Pasaba más tiempo con él que conmigo, su mujer. La salud de Esteban comenzó a resquebrajarse, por eso entre todos decidimos incorporar a un actor de relevo, Claudio. Pero necesitábamos a alguien que organizara las obras, los ensayos, y los tratos con los mecenas, tareas que Esteban hacía antes del accidente. Por eso, cuando Guillermo sugirió tu nombre, no lo dudamos. Conozco a esa víbora más que nadie, pero lo conozco por sus tretas verbales. No creo que haya sido capaz de actuar como tú lo acusas. Démosle, si quieres, el beneficio de la duda, y te pido que me ayudes a poner esta compañía en pie, pues no quiero que caiga en manos de ese hombre.

Ana —Cuenta conmigo, Irene.

Irene —Y el primer paso, es hacer esta función como se debe.

Ana —¿Qué más necesitas?

Irene —Las joyas de la reina, están en el arcón donde tu amado guarda herramientas.

Ana —¿De quién?

Irene —*cómplice* —Hazte la tonta. Horacio es mi amigo hace mucho tiempo y, por cierto, no sabe guardar secretos.

Ana —*avergonzada* —Ahí vuelvo.

Ana sale.

Escena IX

Entra Guillermo al cuarto de abajo del escenario con el cuchillo ensangrentado en su mano. Habla con voz gruñida.

Guillermo

Los asistentes ya no son un obstáculo,

única piedra en la legitimidad de mi trono.

Ahora Ana, la productora fracasada, se interpone,

Dudando de este plan, puede persuadir al director de detenerlo.

Debo ocuparme de ella, así Isabel,

Su colaboradora, tomará su lugar.

El público ansía ver a su rey, impaciente,

Y seré la primera plana de todos las gacetas.

El magnífico Guillermo como Ricardo Tercero,

Y la gloria será mía para siempre.

Entra Bruno. Guillermo toma la corona, se la pone en la cabeza y se sienta en el sillón.

Habla normal.

Bruno —Irene me dijo que podría encontrarte aquí —*mira a su alrededor* —¿Qué es esto? ¿Vives debajo del escenario?

Guillermo —¿Qué mejor sitio para un actor? Arriba de mi cabeza viven reyes, nobles, románticos, bufones, héroes y heroínas. Sus sueños y anhelos ingresan dentro mío en cada acto encarnado. ¿Ves dónde estás parado? Es el escotillón. Un segundo escenario que sube hasta el principal. Los engranajes se oxidaron por la gran inundación y hace años que no se utiliza. ¿Ves aquel hueco? —*señala la apertura que da al escenario* —Es la concha del apuntador, por ahí le dicto la letra al viejo. Bah...la dictaba. Aquí me siento vivo. Aquí como, pienso, estudio. Aquí crece mi conocimiento. Por las noches escucho el murmullo del río y me ayuda a dormir. Y el olor a humedad me mantiene alerta cuando estoy despierto. Es un bella morada ¿No te parece?

Bruno —¿El dueño sabe?

Guillermo —Lo tengo en mi bolsillo. Ahora dime qué quieres.

Bruno —Darte la última oportunidad. Escribe la carta de mi recomendación.

Guillermo —Por favor, Bruno. ¿No ves que me estoy preparando?

Guillermo comienza a calentar la voz exageradamente.

Bruno —Deja ya esa pantomima maldito loco, Raúl ya está a media legua.

Guillermo —¿Qué?

Bruno —Mando al chasqui con novedades. Viene con la intención de suspender.

Guillermo —*nervioso* —Hay que salir a escena ahora mismo.

Guillermo intenta salir y Bruno le corta el paso empujándolo de vuelta hacia adentro.

Bruno —Estas monedas que me diste —*saca la bolsa de su bolsillo* —son robadas, por eso compras voluntades sin culpa. Me diste el veneno que mató a Claudio y no tengo dudas que es con el cual envenenaste a los figurantes anteriores.

Guillermo —Deja de humillarte, no tienes pruebas de nada.

Bruno —Eres un hombre inteligente para tus artimañas, pero también eres tosco y perezoso. Solo mira cómo vives. Si busco en esta pocilga encontraré las pruebas que necesito.

Guillermo —*grita nervioso* —¡Vete de mí santuario!

Bruno —Seguro guardas tus secretos en ese arcón podrido.

Guillermo —¡Vete hombre sin carácter!

Bruno va hacia el arcón. Guillermo intenta cortarle el paso, pero Bruno lo empuja y Guillermo cae al piso. La corona cae rodando de su cabeza. Bruno abre el arcón.

Guillermo —¡Deja eso, no lo hagas!

Bruno lo abre y saca varias bolsas de monedas y un frasquito de arsénico.

Bruno —Llegó tu hora, maldito demente.

Guillermo —*arrodillado suplicando* —No, Bruno, por favor, ¿qué vas a hacer?

Bruno —Apenas llegue Raúl, suspendemos la función, contaré todo y llamaremos a las autoridades.

Guillermo —*acercándose a Bruno caminando con sus rodillas* —Bruno...mi querido Bruno... por favor te lo pido... sigamos con el designio... hablaré con el dueño del teatro...

Bruno —No te arrastres más, irás a la cárcel.

Guillermo llega hasta Bruno, lo toma de la ropa y se va levantando mientras suplica.

Guillermo —No Bruno... te lo suplico... no me hagas esto...

Guillermo saca el cuchillo de su cinturón y se lo clava en el estómago. Bruno cae arrodillado, Guillermo se levanta y ahora Bruno es quien agarra las ropas de Guillermo.

Guillermo —Al igual que el duque de Buckingham me has traicionado, pero la traición no viene sin su precio.

Bruno cae al suelo, Guillermo guarda el dinero y el veneno en el arcón, toma la corona, se la pone en la cabeza y se sienta en el sillón exhausto.

Escena X

Ana está maquillando a Irene en el vestuario.

Irene —Querida, apúrate que no llegamos.

Ana —Cálmate, ya le avisaron a la gente del retraso.

Entra Raúl.

Raúl —¿Qué están haciendo?

Ana —Raúl, llegaste.

Raúl —¿Por qué se están preparando?

Irene —Porque vamos a hacer la función.

Raúl —Irene, Esteban está muerto. ¿estás loca?

Ana —Raúl, ya lo hablamos.

Raúl —¿Quién habló? Si no hay nadie. No se sabe dónde está Claudio, ni mis asistentes.

Irene —Lo decidimos con Guillermo y Ana.

Raúl —Pero ¿quién va a hacer de Ricardo si no hay relevo?

Ana —Guillermo.

Raúl —¿Qué? No, no puede, no tiene talento.

Irene —Es el único que se sabe la letra.

Raúl —Es una locura, ya mismo la suspendo.

Ana —No, Ricardo, por favor.

Irene —La compañía está en deuda, nuestros vestuarios y utilerías están embargadas.

Ana —El mecenas nos prestó dinero con esas condiciones, además el fondo teatral fue robado.

Raúl —¿Cómo?

Irene —Raúl, siéntate.

Raúl no le hace caso. Está descolocado.

Irene —Por favor.

Raúl se sienta.

Irene —Pensarás que soy una insensible, que no tengo escrúpulos de salir a hacer la obra con el cuerpo de mi marido frío en su vestuario. Pero dime la verdad. ¿Hace cuanto conocías a Esteban?

Raúl —*confundido* —¿Qué?

Irene —Contéstame.

Raúl —De toda una vida... estudiamos juntos el arte dramático, después cada uno hizo su vida, pero nos encontrábamos en alguna que otra representación hasta que creamos esta compañía.

Irene —Entonces, lo conocías mejor que nadie.

Raúl —¿A dónde quieres llegar?

Irene —¿No querría él hacer la función de todas formas? ¿Aún con su cuerpo sin vida en el teatro? ¿No te parece que hasta le parecería cómicamente épico?

Raúl se relaja y sonríe.

Ana —Son solo dos horas y después anunciamos lo de Esteban.

Irene —¿Qué dices?

Raúl —Pero Guillermo no puede actuarla.

Ana —Guillermo es un enfermo de Ricardo Tercero, sabe todos los puntos y comas de la obra de Shakespeare, así como sus hechos históricos.

Raúl —No es un rol cualquiera, Ana. Es Ricardo Tercero. Es un riesgo muy grande.

Irene —Es la única solución.

Raúl —No, la única no. La puedo hacer yo.

Ana —Pero no te sabes los parlamentos.

Raúl —Ese es el trabajo de Guillermo.

Irene —Si lo puedes convencer sin que haga un escándalo, por mí está bien.

Raúl —Ustedes sigan preparándose. Yo voy a ver si encuentro a Claudio o a mis asistentes, si no, habló con Guillermo y le ordeno.

Raúl sale. Ana sigue maquillando a Irene.

Escena XI

Guillermo está en el sillón del cuarto de abajo del escenario con los ojos cerrados. Vibra sus cuerdas vocales. Lleva la corona en su cabeza. Entran los fantasmas de Claudio, Horacio y Bruno. Comienzan a vibrar sus cuerdas vocales al unísono de Guillermo. Este abre los ojos, los ve y entra en pánico.

Guillermo —¡No! ¡Ustedes, no!

Trata de pararse sin el bastón y cae arrodillado en el piso, los tres fantasmas lo rodean. Horacio y Claudio al costado, Bruno atrás.

Guillermo —No pueden estar acá.

Fantasma de Claudio —Pobre niño.

Guillermo —¿¿Qué niño?!

Fantasma de Horacio —Su padre, actor de teatro ambulante.

Guillermo —Mi padre.

Fantasma de Bruno —Su madre, costurera.

Guillermo —Mi madre.

Fantasma de Claudio —De pequeño le fascinaban las obras de Shakespeare que su padre recitaba en escena con tanta pasión.

Fantasma de Horacio —Cuando cumplió siete años...

Guillermo —¡No!

Fantasma de Bruno —Contemplaba a su padre interpretar con hidalguía a Ricardo Tercero.

Guillermo —¡No! ¡Por favor!

Fantasma de Claudio —La estructura del teatro cedió.

Guillermo —¡Cuidado, Padre!

Fantasma de Horacio —El niño corrió hacia él.

Fantasma de Bruno —Pero se derrumbó sobre sus cabezas.

Fantasma de Claudio —Su padre murió y el niño quedó invalido perpetuamente.

Guillermo llora y sufre como si hubiera pasado recién.

Fantasma de Horacio —Su madre entró en depresión y se suicidó.

Fantasma de Claudio —El niño quedó solo.

Fantasma de Bruno —Y comenzó a identificarse con la última representación de su padre.

Fantasma de Claudio —Ricardo Tercero. El duque de Gloster.

Fantasma de Horacio —Un hombre físicamente marcado que usaba su astucia para superar sus limitaciones y alcanzar el poder.

Guillermo —¡Basta!

Fantasma de Bruno —En sus años jóvenes fue marginado y acosado por su discapacidad.

Fantasma de Claudio —Apuñaló a un compañero de gramática en un estado de locura.

Fantasma de Horacio —Asilo de alienados por cinco años.

Guillermo —¡Basta! ¡Basta!

Fantasma de Bruno —Solo un libro tenía en su posesión.

Fantasma de Claudio —La tragedia de Ricardo Tercero.

Fantasma de Horacio —Y su obsesión creció.

Guillermo sale de la victimización y comienza a enojarse.

Guillermo —¡Ustedes no están acá!

Fantasma de Bruno —Salió gracias a un soborno de un tío lejano.

Fantasma de Claudio —Se unió a una caravana gitana que viajaba entre los corregimientos del reinado.

Fantasma de Horacio —Hasta que en un asentamiento conoció a Esteban.

Fantasma de Bruno —Entró a la compañía y por un incidente que resucitó memorias de dolor, termino de apuntador.

Guillermo —¡Están muertos!

Fantasma de Claudio —Pero su ambición lo traicionó y su locura volvió.

Guillermo —¡Muertos!

Fantasma de Horacio —Asesinó para alcanzar el poder.

Guillermo —¡Yo mismo los maté!

Fantasma de Bruno —Pero Raúl, el director, es finalmente quien va a hacer el rol protagónico.

Guillermo —¡¿Qué?!

Fantasma de Claudio —La estructura volverá a caer sobre su cabeza. Y yo podré finalmente ver el final de esta tragedia.

Guillermo —¡¿Qué están diciendo?! ¡Yo soy Ricardo Tercero!

Guillermo intenta tocarlos uno por uno, no lo logra, los fantasmas se van yendo.

Guillermo —¡Yo soy Ricardo Tercero! ¡Yo soy Ricardo Tercero!

Guillermo vuelve a su sillón arrastrándose. Se vuelve a sentar como estaba al principio

con los ojos cerrados.

Guillermo —¡Yo soy Ricardo Tercero! ¡Yo soy Ricardo Tercero!

Guillermo da un alarido de terror despertándose de la pesadilla. La corona se le cae de su cabeza. Queda jadeando y transpirado mirando para todos lados a ver si ve a los fantasmas. Entran Irene y Ana.

Ana —Guillermo. ¿Qué son esos gritos? ¿Estás bien?

Irene levanta la corona del suelo.

Guillermo —¡Dame eso! ¡Es mío!

Irene se la da, se la pone en su cabeza, agarra su bastón y se para.

Irene —¿Ya hablaste con Raúl?

Guillermo —¿Raúl está acá?

Ana —Sí, ya está en el teatro.

Guillermo —¡Vamos! No hay tiempo que perder. Salgamos a hacer la función.

Irene —Guillermo, esperemos a Raúl.

Guillermo —No hay tiempo.

Ana —Lo va a interpretar él.

Guillermo —¿Qué? ¿Qué va a interpretar?

Irene —A Ricardo Tercero.

Guillermo se encorva y habla con voz gruñida.

Guillermo —¡Ricardo Tercero soy yo! ¡Siempre fui yo!

Ana —Calmate Guillermo por favor.

Guillermo —¡Mi nombre es Ricardo, duque de Gloster, Rey de Inglaterra!

Entra Raúl. Mira a Guillermo que tiene la cara desencajada.

Raúl —Calma Guillermo. Irene... Ana... vengan aquí conmigo por favor.

Ana —¿Qué pasa Raúl?

Raúl —¡Háganme caso!

Guillermo lo mira a Raúl amenazante.

Guillermo

Tú, bastardo, quieres derrocarne,
Deseas traicionarme frente a mi reina y mi dama.

Así, con desdén y vil intención conspiras,
Buscando mi caída, mi vergüenza en la corte.

Pero no creas que tu juego pasa desapercibido,
Tus planes oscuros no escaparán a mi vista.

La traición que hierve en tu corazón cobarde,
Será tu fin, tu perdición, tu ruina.

Pues yo, nacido en el fuego del infortunio,
He forjado mi destino con manos firmes.

Ni reina ni dama me verán humillado,
Mi reinado se mantendrá, fuerte y venerado.

Prepara tus engaños, urde tus trampas,
Mas sabe que enfrentarás mi ira y mi fuerza.

En este juego de poder y desdicha,
El verdadero rey siempre triunfa.

Irene —Se volvió loco.

Raúl —¡Vengan acá!

Ana e Irene van con Raúl. Guillermo avanza sobre él. Se escuchan las palmas del público arengando para que empiece la función. Guillermo comienza a mirar para todas direcciones tratando de encontrar dónde viene el sonido.

Irene —El público ya se cansó, nos están reclamando.

Ana —¿Qué hacemos Raúl?

Raúl —¡Nada, no hacemos nada! Están todos muertos.

Irene —¿Qué?

Raúl —Es una masacre, los asistentes, Bruno, Claudio y Horacio yacen en el sótano. Hay que reducirlo y llamar a las autoridades urgente.

Ana —¡¡Hijo de puta!! ¡¡Mataste a Horacio!!

Ana se abalanza sobre Guillermo. Raúl la frena.

Raúl —Calma, Ana, es peligroso.

Guillermo —¿Oyen? ¿Oyen el acero?

Guillermo comienza a escuchar que el sonido de los aplausos se convierte en ruido de espadas en una batalla.

Comienza a recitar Ricardo Tercero.

Guillermo

¡Al combate,

Hidalgos de Inglaterra! ¡Al combate, bravos

Milicianos! ¡Tirad, arqueros! ¡Apuntad vuestras

Flechas a la cabeza! ¡Hundid la espuela en los

Flancos de vuestros caballos y galopad entre la

Sangre! ¡Que retumbe de espanto la bóveda

Celeste con los destellos de vuestras lanzas!

¡Un millar de corazones laten

En mi pecho! ¡Adelante vuestras banderas! ¡Al

Enemigo! ¡Que nuestro antiguo grito de guerra:

¡Por el gran San Jorge!, nos inspire con la

Cólera de los dragones ígneos! ¡A ellos! ¡La

Victoria de cierne en nuestros penachos.

Guillermo intenta correr, pero se cae arrodillado porque no tiene bastón. La corona se cae de su cabeza de nuevo. Mira desesperado para todos lados, da un alarido de desesperación.

Guillermo

¡Aaaaaah!

¡Un caballo! ¡Un caballo!

¡Mi reino por un caballo!

Raúl aprovecha y le da un puñetazo en la boca y lo tira al piso dejándolo inconsciente. Los ruidos de batalla otra vez se convierten en aplausos.

Raúl —Ayúdenme.

Ana e Irene ayudan a Raúl a levantarlo y sentarlo en el sillón.

Raúl —Ana, busca algo para atarlo.

Ana va al arcón y comienza a buscar. Encuentra las bolsas de monedas.

Ana—¡Aquí está el dinero! ¡Fue el quien robó!

Raúl —¡Ana! Algo para atarlo ¡Urgente!

Irene —¿Qué vamos a hacer Raúl?

Raúl —Mandar a este loco a la cárcel, eso vamos a hacer.

Irene —Con la gente en el salón digo.

Raúl —¿Qué quieres decir?

Ana encuentra entre los vestuarios del arcón una camisa de fuerza manchada de lo que parece sangre seca.

Ana —¿Qué es esto?

Raúl —Una camisa de fuerza, dámela.

Le ponen la camisa a Guillermo. Ana llorando comienza a pegarle. Irene la saca y la consola.

Irene —Vamos a ir todos presos.

Raúl —¿Por qué nosotros?

Guillermo se despierta somnoliento. Tiene la boca ensangrentada.

Guillermo —*balbuceando* —Suéltanme...hay que hacer la función...

Irene —Estoy de acuerdo.

Raúl —¿Vos también te volviste loca?

Irene —Raúl, están las gacetas de todo el reinado en las butacas.

Raúl —¿Y?

Ana —*piensa entre lágrimas* —Tiene razón. Va a ser un escándalo.

Raúl —¿Y qué quieren hacer?

Irene —Hagamos la función. Que se vayan todos y después llamamos las autoridades cuando los reseñadores ya estén lejos de aquí.

Ana —Es lo mejor, Raúl.

Raúl —Pero yo no me sé la letra.

Ana —Guillermo sí.

Raúl —¿Y por qué crees que nos va a ayudar? Está loco.

Ana —Te aseguro que lo va a hacer. Está obsesionado con esta obra como para negarse a que se represente. Déjame a mí. Yo me quedé con él y me aseguraré de que te dicte la letra.

Raúl duda. Se siguen escuchando los aplausos del público.

Irene —Es ahora o nunca, Raúl.

Raúl —¿Están seguras?

Ana —Vayan, vayan al escenario ¡Ahora!

Raúl toma la corona del piso. Se la pone en la cabeza. Irene abraza a Ana.

Irene —Gracias.

Ana —¡Que Inti ilumine tu escenario, hermanos!

Irene y Raúl salen. Los aplausos siguen. Ana le pega una cachetada a Guillermo para despabilarlo. Este se despierta, ve que esté con la camisa de fuerza. Grita y se retuerce tratando de sacársela.

Guillermo —¡No! ¡Otra vez, no! ¡Sácame esta camisa del demonio!

Ana lo levanta del sillón.

Ana —Perdiste, Guillermo.

Guillermo —¡Suéltame!

Ana —Hay una función que hacer.

Ana lo acerca a la concha del apuntador.

Guillermo —¿Qué función?

Ana —La tragedia de Ricardo Tercero, con la actuación honorífica de su director, Raúl.

Guillermo —¡No! ¡Él no la puede hacer! ¡Yo soy Ricardo Tercero! ¡Él no sabe los parlamentos!

Ana —Tú se los vas a dictar palabra por palabra.

Guillermo —*con furia* —¡¿Por qué piensas que lo haré?!

Ana —Porque jamás dejarías que opaquen a tu Ricardo Tercero.

Guillermo la mira con odio.

Llegan a la concha. Ana lo arrodilla y le saca el cuchillo del cinto.

Ana —Y esto te dará un incentivo.

Ana se coloca detrás y le pone el cuchillo en la garganta.

El aplauso del público sigue.

Ana —*con angustia* —Ya que estamos solos, te voy a contar un secreto. Te pido que no se lo digas a nadie, ya sabes como es este, nuestro negocio, los rumores se esparcen como el viento en las montañas. Llevo vida creciendo en mi vientre.

Guillermo gruñe y se retuerce.

Ana —No lo busqué...solo sucedió. El padre murió sin saberlo gracias a ti. Era Horacio —*a Ana le caen lágrimas de furia* —y ahora mi hijo será huérfano —*Ana se seca la cara* —te voy a hacer una pregunta, Guillermo ¿Conoces la obra de Ricardo Tercero?

Guillermo —¿Qué?!

Ana —¿Contesta!

Guillermo —¿Como si la hubiera escrito!

Ana —Entonces sabes cómo termina el duque de Gloster...

Se escucha un aplauso general porque salieron los actores a escena.

Silencio.

Ana aprieta el cuchillo en el cuello de Guillermo.

Ana —¿Habla! Dicta tus últimas palabras maldito asesino.

Guillermo mira al frente. Tiene los ojos inyectados de odio.

De la boca le cae un hilo de sangre que se mezcla con la de su camisa.

Ana —¿Habla!!

Silencio tenso.

Guillermo habla entre dientes.

Guillermo

Trocó el invierno ya de nuestras cuitas,

Raúl (Off)

Trocó el invierno ya de nuestras cuitas,

Guillermo

El sol de York en esplendente estío;

Raúl (Off)

El sol de York en esplendente estío;

Guillermo

Y las nubes, terror de nuestra casa,

Raúl (Off)

Y las nubes, terror de nuestra casa,

Guillermo

El hondo señor de la mar sepulta...

Apagón.

Sonido de cuchilla.